

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

Servir como fermento a la autoridad de Dios

Una crisis global

Mis visitas a los monasterios de las diversas culturas del mundo me hacen descubrir que vivimos, con relación a algunos problemas fundamentales, como el de la autoridad, en una cultura globalizada y que estamos ante los mismos desafíos. Ciertamente, la crisis de la autoridad no provoca las mismas reacciones en un Americano, en un Asiático, en un Africano o en un Europeo, pero es evidente que todas estas culturas, que son complejas también dentro de sí mismas, se encuentran afrontando una profunda crisis de la autoridad, y, por lo tanto, de la obediencia. Y la característica común es que en esta crisis todos están desorientados, ninguno sabe cómo salir de ella, no sabe desde dónde comenzar una reforma, una renovación, una reconstrucción de lo que parece destruido. ¿Se trata de encontrar lo que está perdido o de descubrir lo que no se tiene aún?

Sabéis que la palabra “crisis” designa etimológicamente una separación, una decisión, un discernimiento. Un tiempo de crisis implica un proceso de decisión que separa, por ejemplo, las épocas de la vida personal o de la historia, los momentos culturales, etc. Tenemos necesidad de tiempos de crisis para progresar, para madurar, para adaptarnos a nuevos aspectos positivos o negativos de la realidad en la que vivimos.

La autoridad en sí misma no puede estar en crisis, porque la autoridad es un ejercicio, un servicio. Es como cuando se habla de crisis de la enseñanza, o de crisis de la universidad, o de crisis de la medicina, de la política, de la economía. Todas estas son funciones, instituciones, actividades del hombre, pero no son ámbitos que en sí mismos puedan estar en crisis, porque la crisis es un proceso que tiene que ver con el hombre en cuanto hombre, un proceso que tiene su lugar fenomenológico en el ser humano en cuanto criatura capaz de vivir un proceso espiritual, un proceso de crecimiento, un camino. El ejercicio de la autoridad, la economía y todas las prácticas humanas no pueden ser sujeto de una crisis. El sujeto de toda crisis es el hombre. Es en el corazón del hombre donde cualquier crisis, si es real, puede experimentarse.

Digo esto simplemente para focalizar la atención sobre el verdadero problema de la crisis de la autoridad tanto de hoy en día como de siempre, el verdadero punto sobre el que, creo, debemos meditar: la libertad. La crisis de la autoridad es una crisis de la libertad, y solo si consideramos la libertad humana podemos comprender la naturaleza de la crisis de la autoridad que estamos atravesando, y también encontrar pistas para posicionarnos de un modo real y fecundo respecto a esta crisis.

Autoridad y libertad

Creo que se impone otra observación. Cuando se atraviesa una crisis, pienso que la peor tentación sea la de querer salir de ella, la de tender solamente y a toda costa a salir del túnel sin preguntarse cómo recorrerlo. Cuando, en 1980, se terminó el túnel de san Gotardo en Suiza, durante algunos meses se iba a recorrerlo por recorrerlo, sin pensar demasiado el hecho de que un túnel tuviese una entrada y una salida. Pero normalmente no gusta demasiado pasar por un túnel, y cuanto más largo es más se da uno prisa por salir de él.

Y bien, permanecer en una crisis, *vivir* la crisis, tener experiencia de ella, es el modo mejor para superarla, para vivirla como una oportunidad de crecimiento, de progreso, de elevación. Creo que el verdadero problema de la crisis actual, de las crisis actuales, es precisamente pretender atravesarlas, superarlas, sin vivirlas, sin experimentarlas y, por lo tanto, sin aceptar un proceso interior, personal, incluso cuando la crisis es la de un pueblo entero, la de una sociedad entera, la de una humanidad globalizada.

El corazón del problema está siempre en la libertad del hombre y, por lo tanto, en la relación entre la autoridad y la libertad. Es aquí donde se anida la crisis, y sería a este nivel en el que la crisis debería ser vivida para convertirse en un proceso que haga avanzar al ser humano. La historia de la Iglesia, como la historia del pueblo de Israel, ha pasado siempre a través de mundos y culturas en crisis de autoridad, una crisis de autoridad que con frecuencia alcanzaba a la Iglesia misma y a la vida de sus comunidades. Si estas crisis se han podido superar, si la Iglesia, o al menos algunos cristianos en particular han sido capaces de transmitir a la sociedad una inspiración que ha podido ayudar a superar estas crisis, no ha sido tanto a través de fórmulas, de teorías, sino mediante la transmisión de una experiencia, de una sabiduría, precisamente con respecto a la relación constructiva y fecunda entre la autoridad y la libertad de las personas.

Es a este nivel al que hemos de hacer referencia para la experiencia del monacato benedictino, el cual, por otra parte, toma, sintetiza y transmite la experiencia de toda la tradición que se inicia con los Padres del desierto, ahondando sus raíces en la profundidad bíblica y evangélica de la Revelación.

Como sabéis, la autoridad del abad es subrayada por todas partes, en cada capítulo de la Regla de san Benito, en todos los ámbitos de la vida espiritual y material de los monjes. «Todo ha de hacerse con la autorización del abad», escribe san Benito al final del capítulo 49 sobre la Cuaresma (RB 49,10). No es más que un ejemplo de un estribillo que recorre toda la Regla. ¡No existe ninguna otra cosa a la que el hombre moderno sea más intolerante y alérgico!

Sin embargo, la expresa intención de san Benito no es la de reprimir la libertad, sino exactamente lo contrario, ayudarla a crecer, a “dilatarse”, como dice del corazón es fuente de la misma: «Pero a medida que se avanza en la vida monástica y en la fe, se corre por el camino de los mandamientos con el corazón dilatado por la indecible suavidad del amor» (RB Pról 49). Una imagen que recuerda un versículo del Salmo 118: «Corro por el camino de tus mandamientos, porque has dilatado mi corazón» (Sal 118,32).

Comprendemos que detrás de estas imágenes hay una antropología bien definida, y una correspondiente concepción de la libertad. Para Benito, el hombre - el hombre según la Biblia y la tradición patristica - no posee una libertad separada de la naturaleza de su corazón y no tiene un corazón separado del deseo que lo anima como criatura hecha a imagen y semejanza de su Creador. El corazón es libre si puede animar desde el interior del hombre una trayectoria que mira no tanto a hacer lo que está mandado sino a volver a la casa del Padre que la desobediencia nos ha hecho abandonar. El hombre para el que san Benito escribe la Regla es, en efecto, idealmente el “hijo pródigo” de la parábola del capítulo 15 de san Lucas. Nos lo hace entender desde las primeras líneas de la Regla: «Escucha, hijo, las enseñanzas de un maestro bueno y abre dócilmente tu corazón; acoge con agrado los consejos inspirados por su amor de padre y ponlos en práctica con empeño, de modo que puedas volver a través del camino de la obediencia de Aquél del que te separaste por la pereza de la desobediencia» (RB Pról 1-2).

Dos crisis en paralelo

La parábola del hijo pródigo es una buena ilustración de lo que significa una crisis de autoridad o una crisis de obediencia, y Cristo nos pide inspirarnos en ella para atravesar las nuestras, incluso aquellas a gran escala, o, por añadidura, a escala mundial. Ahora bien, esta parábola nos mantiene atentos a un aspecto que con frecuencia corremos el riesgo de olvidar. Lo que ocurre entre el padre y el hijo, o mejor, *los* hijos de la parábola, es en el fondo una doble crisis: la de la autoridad del padre y la de la obediencia de sus hijos. ¿Dónde está el problema? ¿En las crisis de cada uno? Diría que el verdadero problema no son las crisis en cuanto tales, sino que estas son vividas y gestionadas en paralelo o, si preferís, en oposición, como dos líneas que van en dos direcciones opuestas. La crisis no está en la autoridad o en la obediencia: la crisis está en la relación entre la autoridad paterna y la obediencia filial. Al final de la parábola, si bien Jesús no describe las decisiones o las opciones de vida que tomaron los dos hijos, cuanto menos constatamos que en el momento en el que los caminos de los tres ya no transcurren en paralelo o en sentido opuesto, en el momento en el que entran en relación, en reconciliación en el sentido etimológico del término, cara a cara, en aquel momento ya no se trata de cuestiones de autoridad ni de obediencia: es como si ya no quedasen más que la libertad y el amor, la libertad de amar.

La crisis de la autoridad del padre de la parábola es muy similar a la que estamos viviendo hoy: ya no se sabe cómo ser autoridad, cómo hacer crecer a aquellos y aquellas que de mil maneras nos están “sometidos”. La crisis de la obediencia de los dos hijos es también muy actual: uno piensa que la obediencia ya no es necesaria para su vida, el otro la vive sin progresar en una responsabilidad creativa y madura, y deseando sólo fútiles ventajas, como el cabrito para tener una fiesta con sus amigos (cf. Lc 15,29).

Pero, precisamente, la partida del hijo más joven desbloquea la situación, aunque sea dolorosamente, porque permite a la crisis latente hacerse explícita, permite al virus escondido hacerse fiebre. Es como cuando tenemos la gripe: el mejor modo para sanar no es atiborrarnos de paracetamol, sino permitir a nuestro cuerpo y a sus defensas

superar la crisis que la fiebre hace manifiesta. Entonces podemos salir victoriosos de ella, más sanos y más fuertes que antes.

En el fondo, es con el hijo mayor con el que el padre vive una crisis en paralelo, siempre a la misma distancia, como los binarios de una vía de tren. Sin correr nunca el riesgo de tocarse. El hijo más joven sale de este paralelismo sin comunión, y alejándose del padre, es como si diese la vuelta al mundo para volver al padre desde la otra parte. Pero volviendo piensa que una vida paralela a la del padre podría bastarles, incluso a una distancia mayor que antes; ni siquiera piensa en vivir como un hijo trabajador y sometido como su hermano, sino como cualquier asalariado de su padre. Pero la parábola de su ida y vuelta desemboca en la sorpresa de un encuentro. Y también el padre está sorprendido, sorprendido de que el alejamiento del hijo, que su infidelidad, conduzca a un nuevo encuentro y a una posibilidad de comunión jamás experimentada antes. Entonces, comprende que también con el hijo mayor debe salir de los binarios, de su binario de autoritarismo, de modelo de trabajo y de fidelidad a prueba de bomba, para ir hacia él, hacia su distancia correcta y fría, y hacerle entender que también a él, el padre, ya no le basta el juego correcto de autoridad-obediencia en paralelo que han vivido hasta ahora. Le revela una comunión total, no solo de los bienes, sino también del amor paterno hacia el hijo y hermano menor.

La parábola del hijo pródigo nos muestra, en el fondo, que en toda crisis de autoridad no se trata tanto de una crisis de poder, sino de una crisis de amor, una crisis de relación paternal y filial.

Autoridad que pasa a través de una *kénosis*

Como decía, se podría juzgar más bien como voluminosa la figura del superior en la Regla de san Benito, y, por lo tanto, en la vida del monasterio, si se tuviese en cuenta solo el aspecto “autoritario” de su autoridad. Pero la imagen que san Benito anuncia desde el principio no es la imagen del padre que tiene el hijo mayor de la parábola, una autoridad que se ha de respetar a una buena y debida distancia para seguir sin perder el camino trazado por el propio deber. La imagen de autoridad querida y descrita por la Regla es, por el contrario, la de un padre que no se contenta con una relación correcta con sus hijos, porque para esto sería suficiente formar buenos empleados.

La autoridad según san Benito es más bien una autoridad que asume no solo la crisis de obediencia de los monjes, sino incluso la crisis de autoridad del superior. Los dos hijos de la parábola contestan, de un modo u otro, la autoridad del padre y la ponen en crisis. Y este padre asume este estado de crisis en el que se encuentra bloqueado. Este padre se pone en discusión. En la parábola del hijo pródigo, el padre tiene la experiencia de una especie de *kénosis* de su autoridad paterna; debe pasar a través de una humillación, a través de un abajamiento en el que su papel de autoridad es culpabilizado por los dos hijos. Y Jesús nos presenta a este padre como alguien que acepta esta *kénosis*, como Él mismo la aceptará en su Pasión.

El tema de la humillación de la autoridad de Cristo está fuertemente subrayado en los relatos de su Pasión. Jesús es ridiculizado en todo momento en su autoridad real y divina. Su autoridad se convierte en la necedad y objeto de risión de todos los autores

agresivos de la Pasión: tanto de los Judíos como de los Romanos, de los guardias del sanedrín como de los soldados romanos, de Pilatos, de Herodes, de los sumos sacerdotes, de uno de los ladrones crucificados a su lado, de la multitud. Y Jesús, en medio de todo esto, calla, vive en silencio esta *kénosis*. Un silencio que se impone a todos, que los domina a todos. Tampoco el padre de la parábola habla para defender su autoridad, no se justifica. Incluso cuando responde a las acusaciones del hijo mayor, no lo hace para justificarse, sino para expresarle su amor e invitarle a entrar también él en su alegría, en su amor misericordioso lleno de alegría.

Subrayo esto porque constato un poco por todo el mundo, en las diversas culturas, que la verdadera crisis de la autoridad, o más bien el modo estéril de vivirla o de buscar afrontarla se halla con frecuencia en el rechazo a atravesar esta profundidad *kenótica* de la autoridad cristiana. Una autoridad que se justifica, que se defiende o, aún peor, que busca mantenerse con la fuerza del autoritarismo, es una autoridad muerta, una autoridad que se convierte en funcional, técnica, jurídica. No pasa a través de la libertad de las personas, a través de su corazón. Se convierte en energía mecánica en lugar de permanecer o convertirse en fuerza vital.

Ciertamente, es más fácil pasar a través de mecanismos autoritarios que a través de un dinamismo de vida y de libertad. Es más fácil y aparentemente más rápido, pero en realidad, lo que no pertenece al orden de la vida y de la libertad, es estéril, no engendra, no construye nada.

El autoritarismo no produce más que muerte.

Por lo tanto, es esencial permanecer sensibles o redescubrir el dinamismo pascual de la autoridad cristiana, adentrarnos en él si se quiere verdaderamente atravesar la crisis de la autoridad de un modo fecundo, para descubrir, experimentar y testimoniar en ella una nueva autoridad que engendra la vida.

La autoridad-fermento

Bajo esta luz evangélica, creo que podemos volver a la Regla de san Benito para encontrar en ella una visión de la autoridad y de la obediencia extremadamente actual, a pesar de la antigüedad de este texto. Actual porque es necesaria para responder a los desafíos del hombre contemporáneo. Nada es más actual que aquello que responde a la urgencia de una necesidad que sentimos hoy.

San Benito, con respecto al abad, comienza diciendo que «sabemos por la fe que en el monasterio hace las veces de Cristo – *Christi (...) agere vices in monasterio creditur*» (RB 2,2). Y seguidamente añade: «Por esto, el abad no debe enseñar, ni establecer u ordenar nada que sea contrario a la ley del Señor, antes bien, su mandato y enseñanza deben infundir en las almas de los discípulos el fermento de la justicia divina» (RB 2,4-5). Creo que en esta frase se concentra la esencia de la concepción de una autoridad cristiana auténtica. La imagen del fermento es convincente. El fermento, en sentido de levadura, hace literalmente de autoridad, es “autor” en el sentido literal del término latino *auctor*: lo que hace crecer, aumentar. Más exactamente, se debería decir que es la fermentación de la levadura la que hace aumentar la pasta. El fermento es, por lo tanto, el agente que provoca una reacción química, un proceso interior que transforma la sustancia en la que actúa. En el caso de la levadura, esta reacción química hace

fermentar la pasta. Pero pienso que lo que le interesa a san Benito, independientemente del conocimiento bioquímico de la época, es el hecho de describir la autoridad confiada al abad como una enseñanza que permite a la palabra de Dios hacerse fermento en las almas de los discípulos para provocar una conversión de la persona, una conversión de la justicia humana a una justicia divina, en otras palabras: de una humanidad según el hombre a una humanidad según Dios, o sea, según su imagen y semejanza, por lo tanto, una humanidad hecha conforme a Cristo.

Se ve enseguida que no se trata de un proceso exterior y formal. No es sencillamente un proceso comportamental, un adiestramiento para saber repetir gestos, acciones, palabras. Es un proceso interior que acontece en el alma de los discípulos: *in discipulorum mentibus*. La fermentación cambia la sustancia en la que actúa, la transforma en su constitución, en su química interna, y es por esto por lo que la sustancia cambia también de forma y será usada para algo diferente de cuando no estaba fermentada. La fermentación da a la pasta una cualidad sustancial nueva y mejor, pero que sin embargo es la suya, a la que está destinada por su naturaleza y también por su cultura.

La imagen del fermento sugiere también que este proceso implica un aspecto interior de trabajo, incluso de lucha. No olvidemos que los pueblos y las ideas pueden igualmente entrar en fermentación, incluso violenta, activando procesos no siempre constructivos para el bien de la sociedad.

En el caso del fermento de la enseñanza del abad, el hecho mismo de que él quiera provocar una conversión, un crecimiento interior de los discípulos, nos hace comprender que no se trata de un proceso fácil y sencillo, sino que implica una senda a través de la inquietud, la confusión, a veces el sufrimiento. La paz, la tranquilidad son más bien el fin que el camino del crecimiento humano.

Una autoridad obediente

Pero hay otro aspecto muy importante en esta descripción que san Benito hace de la autoridad en acción. Es la conciencia de que el fermento no es una creación del superior, de la autoridad: para transmitirlo y hacerlo actuar en los discípulos, el abad debe recibirlo. «El abad no debe enseñar, ni establecer u ordenar nada que sea contrario a la ley del Señor» (RB 2,4). Es esto precisamente lo que hace que tanto su doctrina como sus órdenes sean un fermento de justicia *divina* y, por lo tanto, no solo humana, por ejemplo, solo intelectual, solo moral, solo sentimental o solo espiritual.

San Benito es muy preciso al redactar la lista de las modalidades del ejercicio de la autoridad: habla de «enseñar, establecer y ordenar – *docere, constituere vel iubere*». Por tanto, condensa estas tres actividades en dos palabras: «*iussio vel doctrina* – lo que se manda y lo que se enseña». Todo esto se convierte en «fermento de la justicia divina» si para el mismo abad es expresión, consecuencia, irradiación de su escucha obediente al «*praeceptum Domini*», es decir a lo que el Señor nos enseña y manda, porque *praeceptum* es un término que resume la enseñanza y el mandamiento: es una enseñanza de autoridad, una enseñanza que requiere una obediencia, una decisión en la vida.

Por lo tanto, el superior está llamado a ser transparente mediante su obediencia, mediante su escucha, a la verdad y a la justicia que Dios nos comunica a través de su Revelación, a través de su Palabra, de su Verbo de vida que se ha hecho carne, ha muerto y ha resucitado.

San Benito volverá varias veces sobre este punto dentro de la Regla. Él quiere que la autoridad en la comunidad esté radicada en una «doctrina de sabiduría» ya encarnada en la persona del superior. Escribe en el capítulo 64: «La elección [del abad del monasterio] se hará teniendo en cuenta los méritos de vida y la sabiduría de doctrina del que ha de ser instituido» (RB 64,2). Y añade: «Es menester, por tanto, que conozca perfectamente la ley divina, para que sepa y tenga dónde sacar cosas nuevas y antiguas» (64,9).

En síntesis, se podría decir que la gran preocupación de san Benito es que la autoridad en la comunidad sea *la transmisión de una experiencia evangélica*. No hay que transmitir solamente una doctrina, ni solo un comportamiento, sino una vida de obediencia a la verdad revelada en Cristo Salvador, una vida formada por el Evangelio de la Salvación. Es lo que nos recordaba Pablo VI en una de sus frases célebres: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (Discurso del 2.10.1974, citado en la *Evangelii Nuntiandi* §41).

Esto no es válido solamente para el hombre contemporáneo, a juzgar por las palabras que decía san Benito al hombre del siglo VI. Porque esta visión de la autoridad viene esencialmente de Cristo y del Evangelio. Cada época debe reencontrarla, cada responsable de la formación y de la educación humana, comenzando por los padres, debe encarnarla en la situación siempre nueva de la propia libertad y de la de los demás.

Lo que pone siempre en crisis cualquier autoridad es la libertad de las personas, antes incluso que la situación cultural de una época. Por este motivo tenemos necesidad de modelos de ejercicio de la autoridad como el que ilustra san Benito, porque son modelos que van a lo esencial de la cuestión, que nos ayudan a encontrar el corazón de la puesta en juego de este ejercicio, un corazón que es evangélico, que es el acontecimiento de Cristo, porque Cristo, por su naturaleza, es el único Señor, la plenitud de la autoridad, de la verdad, de la justicia divina para el hombre y, por lo tanto, su único camino para vivir una auténtica libertad. «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, seréis de verdad discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-32).

Una experiencia pascual

Esta experiencia de la autoridad liberadora de Cristo es una experiencia esencialmente pascual. Basta pensar en la escena final del Evangelio según san Lucas:

«Y les dijo: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue

necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”» (Lc 24,44-49).

Solamente en la potencia de su muerte y resurrección y del don del Espíritu Santo que brota de ella, Cristo puede «abrir el entendimiento a la comprensión de las Escrituras». Es en esta frase en la que hemos de pensar cuando san Benito pide al abad de «infundir su mandato como fermento de la justicia divina» (RB 2,5). La *comprensión* a la que Jesús abre la inteligencia, la mente de los discípulos, es literalmente, según la etimología de «comprender», un «ser tomado con» las Escrituras, con la Palabra de Dios que, en este caso concreto, es un *ser tomado con Cristo*, una unidad de espíritu con el Verbo de Dios, Palabra del Padre. Cristo es el Verbo que Se escucha del Padre en el soplo del Espíritu, por lo tanto, coincidencia de autoridad y de obediencia, de escucha y de palabra. Y es esta coincidencia la Verdad que libera con el esplendor, la belleza del amor. Es hablándoles a ellos como Jesús abre las mentes de los discípulos a la comprensión de la Palabra. Es formando su escucha como Jesús abre sus oídos, los «oídos de su corazón», como dice san Benito (cf. RB Pról 1).

El Cristo pascual transmite a los discípulos una experiencia que provoca en su corazón y en su vida, como un fermento, una transformación del espíritu, de la *mens*, que consiste esencialmente en la comunión de inteligencia, de sentimiento, de amor, con el mismo Jesús.

Y Jesús hace vivir esta experiencia a los discípulos para que ellos mismos sean fermento para los demás: «Así está escrito: el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día y que se predicaría en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24,46-48).

La autoridad cristiana es un testimonio. *Un verdadero maestro es aquel que da testimonio de una comunión de inteligencia y de corazón con Cristo*. Y este testimonio, formado en la escuela de la presencia del Resucitado, que nos habla y nos da su Espíritu, se convierte en fermento que provoca la conversión y el perdón de los pecados, el fermento que provoca la *metanoia*, que equivale a decir el cambio de pensamiento, de mente, de comprensión, de conocimiento, la superación de la percepción que tenemos de nosotros mismos, de Dios y de toda realidad, que Cristo hace posible con la gracia del perdón de los pecados.

Esta autoridad es testimonio también en el sentido de la palabra griega: es un martirio, es un testimonio que da la vida, que ofrece la propia vida por Cristo y su Reino, que hace de una persona un canal de transmisión para los demás del acontecimiento de Cristo.

¿Sería a este nivel y a causa de esto por lo que la autoridad está hoy en crisis? O mejor: ¿sería precisamente a este nivel, al nivel del martirio, por el que la autoridad, a pesar de todo, no está hoy en crisis?

Responsable de la obediencia del otro

Poco después de haber hablado de la enseñanza como fermento de la justicia divina, san Benito añade una observación que, en mi vocación de abad me ha inquietado un poco: «Recuerde siempre el abad que tendrá que dar cuenta en el tremendo juicio de Dios tanto de su enseñanza como de la obediencia de los discípulos» (RB 2,6).

Puedo comprender bien que un superior sea considerado responsable de su doctrina, de lo que enseña y de cómo lo enseña. Pero ¿cómo puede ser considerado responsable de la obediencia o de la desobediencia de los demás? ¿Cómo puede ser responsable de la escucha de los demás, del consentimiento de los demás y, por lo tanto, de la libertad de los otros?

Ciertamente, si en este momento os habéis dormido al escucharme, puedo comprender que soy responsable del poco interés que mis palabras han suscitado, o del tono monótono y aburrido con el que las he pronunciado. Pero no creo que san Benito hable a este nivel trivial de la cuestión.

Seguidamente, Benito descarga al abad de su eterna responsabilidad cuando haya intentado todo para animar a sus hermanos a la conversión:

«Pero, si el pastor ha empleado toda su diligencia con respecto a un rebaño inquieto y desobediente, buscando de todas las maneras corregirlos de su mala conducta, será absuelto en el juicio divino y podrá repetir al Señor con el profeta: “No he escondido tu justicia en el corazón, sino que he proclamado tu verdad y tu salvación; pero ellos me despreciaron, rebelándose contra mí”» (RB 2,8-9; Sal 39,11; Is 1,2; Ez 20,27).

Sin embargo, estas palabras ilustran en qué medida concibe san Benito la autoridad como una verdadera *pasión* por la libertad de los demás. Una pasión que llega hasta el punto de sufrir para que la justicia, la verdad y la salvación de Dios alcancen el fin por el que Cristo ha dado su vida hasta la muerte, y una muerte de Cruz. Pienso en una frase del cura de Torcy del *Diario de un cura rural*, de Bernanos: «Yo pretendo sencillamente, cuando el Señor saca de mí, por causalidad, una palabra útil para las almas, sentirlo por el dolor que me provoca».

Detrás de todas las descripciones de la autoridad que san Benito nos ofrece, está siempre el modelo por excelencia de la autoridad cristiana: Cristo buen pastor que da la vida por las ovejas. Y cuando san Benito habla de la responsabilidad eterna del abad, no hace más que expresar la convicción de que la autoridad cristiana es siempre una cuestión de amor, es una forma de caridad, de la caridad que «todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor 13,7). «Seremos examinados del amor», y el amor no es solo dar la propia vida, sino ofrecerla libremente a la libertad de otro en un deseo de reciprocidad que es el soplo trinitario de la Caridad eterna. La autoridad es responsable de la obediencia a través de su deseo de servir como fermento a la autoridad paterna y materna de Dios que habla al hombre con una Palabra que resuena en el silencio del eterno deseo de una respuesta libre.

Dios no necesita de la obediencia del hombre, sino de su amor.